

Art. 9º El gasto á que ascienda el presupuesto del personal y material de aduaneros se cubrirá aplicando á él el sobrante que haya en el presupuesto del cuerpo de carabineros del reino por las plazas vacantes en la actualidad, y la parte correspondiente á los individuos del mismo que pasen al de aduaneros; y en el caso de no bastar una y otra suma, dejarán de proveerse todas las vacantes que ocurran en el cuerpo de carabineros hasta que quede satisfecho aquel gasto.

Dado en Palacio á tres de Enero de mil ochocientos cincuenta y dos.—Está rubricado de la Real mano.—El Ministro de Hacienda, Juan Bravo Murillo.

### Reales órdenes.

Confiado por el Real decreto de 3 del actual el servicio de las Aduanas, muelles, bahías y puertas á empleados civiles en lugar de los carabineros que lo desempeñaron hasta ahora, se hace precisa alguna alteración en el reglamento de 18 de Marzo de 1850.

En su consecuencia la Reina (Q. D. G.) se ha dignado mandar que V. E. forme y remita á este Ministerio á la brevedad posible un proyecto de reglamento para el servicio del cuerpo de carabineros del reino, conforme al espíritu del mencionado Real decreto.

De órden de S. M. lo digo á V. E. para los efectos correspondientes. Dios guarde á V. E. muchos años. Madrid 5 de Enero de 1852.—Bravo Murillo.—Señor Inspector general de carabineros.

Excmo. Sr.: Debiendo establecerse un resguardo especial de Aduanas con arreglo al Real decreto de 3 del actual, para que hagan en ellas, en los muelles, bahías y puertas el servicio que está hoy á cargo de los carabineros, para que este cuerpo pueda dedicarse exclusivamente á la persecucion del contrabando en las costas y fronteras, la Reina (Q. D. G.) se ha dignado mandar, con el objeto de que puedan ingresar en dicho resguardo especial los carabineros que hayan cumplido ó estén próximos á cumplir el tiempo de su empeño con buena nota, que V. E. forme y remita á la Direccion general de Aduanas y Aranceles la oportuna propuesta de los individuos que esten en el mencionado caso y soliciten pertenecer á dicho resguardo, á fin de que puedan ser admitidos desde luego si reúnen las circunstancias marcadas en el referido Real decreto.

De Real órden lo digo á V. E. para los efectos correspondientes. Dios guarde á V. E. muchos años. Madrid 5 de Enero de 1852.—Bravo Murillo.—Señor Inspector general del cuerpo de carabineros.

(G. de M.)

## ATENTADO

### contra la vida de S. M. la Reina.

(Del Comercio.)

Un sacerdote sexajenario á cuyas manos se dignaba bajar todos los dias un Dios de paz y de misericordia, un ministro del Altar convertido en asesino vil y traidor! ¡Y contra quien! ¡Contra una jóven, contra una madre, contra una Reina que es la delicia de sus pueblos! ¡Y en que ocasion! ¡Horroriza y espanta esta idea!

Felizmente la Providencia que vela por los destinos de nuestra Patria ha salvado los dias de la Reina, cuya herida, segun los últimos partes telegráficos no ofrece ningun sintoma de gravedad. Hoy, pues, el sentimiento de indignacion que escita instintivamente la idea de ese conato inicuo de rejeicio, está atenuado en cierto modo por el dulce placer que experimentamos al fijar nuestros ojos en el cielo para dar gracias á Dios por habernos conservado la preciosa vida de nuestro ángel tutelar, prenda de paz y de ventura para los españoles.

Con el fin de satisfacer la natural ansiedad de nuestros suscritores de Ultramar, vamos á reproducir metódicamente todas las noticias y todos los detalles de tan grave suceso que han contenido estos dias los periódicos y las cartas de Madrid.

#### ANIMACION EN MADRID.

Anunciado oficialmente que S. M. la Reina verificaria el lunes 2 de Febrero su salida del Real Palacio para ir al templo de Atocha á hacer la presentacion de la Augusta Princesa Doña Maria Isabel, Madrid ofrecia desde el amanecer de dicho dia un aspecto de animacion y de alegría, como pocas veces se ha visto. Desde muy temprano el pabellon nacional ondeaba en los edificios públicos, los cuales se hallaban adornados con vistosas colgaduras. Las casas del ayuntamiento llamaban la atencion por los cortinajes de terciopelo que las decoraban; en su balcon principal se habia colocado un magnifico dosel bajo el cual se hallaban los retratos de SS. MM. la Reina y el Rey; la casa antigua de correos, hoy Ministerio de la Gobernacion, estaba desde el dia anterior adornada con colgaduras de seda; frente al cuartel de ingenieros lucia un bonito castillo que de noche debia iluminarse; lo mismo sucedia en el cuartel de artilleria, donde es-

ta dispuesta y perfectamente figurada con transparentes la fachada del Alcázar de Segovia, que tambien debia iluminarse de noche; en la portada del templo de Atocha y cuartel de inválidos, habia igualmente preparada una bonita iluminacion de vasos de colores: la antigua aduana, la imprenta nacional y otros muchos edificios, con mas ó menos lujo, estaban tambien adornados; en las casas todas se veian variadas colgaduras que llamaban la atencion.

Las calles señaladas para la carrera por donde S. M. con su comitiva debia dirigirse al santuario de Atocha, eran el arco del Real Palacio, calle Mayor, Puerta del Sol, calle de Alcalá, paseo del Prado y el de Atocha, y en todos estos puntos la afluencia de jentes era ya á las doce muy crecida: los balcones se veian todos cuajados de señoras. Lo hermoso del dia contribuia á la alegría general, pues estaba claro, templado, y como los mas deliciosos de la primavera.

A la una, ya las tropas de la guarnicion estaban tendidas en la carrera desde el Real Palacio, hasta el templo de Atocha, en el cual empezaron á entrar y ocupar sus puestos los convidados, que en su mayor parte eran los individuos del cuerpo diplomático, los Ministros, los presidentes de los cuerpos colegisladores, muchos Senadores y Diputados, grandes de España, títulos, Jenerales, Oficiales de las secretarías, altos empleados, individuos de la Real servidumbre, Capellanes de honor, y otros personajes, realzando la brillantez de esta reunion la asistencia de un gran número de señoras, entre las que se hallaban muchas damas de S. M., rica y lujosamente vestidas y adornadas.

En los paseos del Prado, desde la fuente de Cibeles, hasta Atocha, se veia por todas partes agrupado un pueblo inmenso, dejando apenas lugar á la circulacion de infinitos carruajes, de los cuales la mayor parte se paraban en los sitios mas á propósito desde los cuales, los que le ocupaban esperaban con ansiedad ver el paso de S. M. la Reina, del Rey, de la augusta Princesa, y de todas las demas personas de la réjia comitiva. La ansiedad crecia á medida que el tiempo pasaba.

Al dar la una y media, que era la hora señalada, todos fijaban la vista en el punto por donde debia aparecer la comitiva: los minutos parecian ya horas: así llegaron las dos, y en la jeneralidad principiaba á notarse inquietud. Serian las dos y cuarto, cuando algunos Ayudantes de campo, que recorrian las líneas, fueron comunicando las órdenes para la retirada de las tropas y esta fué la primera señal que empezó á inspirar cuidado y á difundir la zozobra entre la multitud.

#### ATENTADO.

S. M. la Reina radiante de salud y de alegría, cubierta con todas las insignias de su elevada posicion y rodeada por todo el esplendor de su corte, volvia á su Cámara desde la Real Capilla, adonde habia ido á hacer la presentacion de la Augusta heredera del Trono, para dirigirse despues á Atocha, donde debia entonarse un solemne *Te-Deum*. Mientras permaneció en la Capilla mostraba la Reina en su semblante la ineftible dicha de que se hallaba poseida al tener en sus brazos á su Augusta hija. La tuvo con efecto durante largos ratos, y en alguno de ellos que la réjia Princesa lloraba, su Augusta madre empleaba para acallarla los tiernos y amorosos medios que sujere el cariño maternal. Todos los circunstantes contemplaban con satisfaccion el gozo que rebosaba en el rostro de S. M. la Reina y de su Augusto esposo, para quienes era aquel uno de los dias mas felices de su vida.

Como deciamos S. M. volvia á su Cámara é iba precedida de los criados de su casa y de los grandes de España y mas inmediatamente del Duque de Rianzares y del Infante D. Francisco de Paula Antonio. Al lado de S. M. iba el Rey; junto al Rey el Marques de Alcañices y al lado de la Reina el Conde de Pinohermoso. Un poco detrás de la Reina iba la Marquesa de Povar, aya de la Princesa, llevando á esta en los brazos. Tocaba ya la comitiva los salones que preceden á la Real Cámara cuando un hombre con hábitos clericales, bastante maltratados, penetró por entre un alabardero de los que cubrian el tránsito y el Infante D. Francisco y se acercó á S. M. la Reina bajándose como para besarle la mano. Todas las personas de la comitiva creyeron que iba á poner en manos de su Soberana algun memorial, como sucede á cada paso y ha sucedido siempre con nuestros Monarcas, que han tenido la mayor complacencia en ser accesibles á las personas de todas edades y condiciones. Otro era el pensamiento del clérigo, el cual, sacando de debajo de la sotana un puñal afilado, dió á S. M. una puñalada por el lado derecho, que penetró por debajo de la última costilla, unas ocho líneas, segun el parte de los facultativos.

S. M. lanzó un grito agudísimo, que llenó de espanto á cuantos lo oyeron, y desviando el puñal del asesino, le resultó una pequeña cortadura en el brazo, además de la herida principal. El puñal cayó al suelo. El rejeicio, creyendo haber muerto á la Reina, exclamó con júbilo feróz: "¡Toma! ¡ya tienes bastante!" La Reina se inclinó á la pared de la derecha, cubierta de sangre la mano que se habia aplicado á la heri-

da, y fué sostenida por el Rey, los demás individuos de su Augusta familia, los grandes, los alabarderos y por cuantos la rodeaban. Esto ocurría poco despues de la una y cuarto. Pintar la alarma, el terror, la indignacion que se retrató en los rostros de toda la familia Real y de todos los circunstantes, es cosa superior á nuestras fuerzas. Figúrese cualquier español leal, lo que espermentaria si viese caer á su Reina bajo el puñal de un vil asesino, y lo que le diga su corazon, será mil veces mas elocuente que lo que puede reproducir la pluma.

Sucedía esto á la una y cuarto de la tarde. El golpe no fué dado de abajo arriba como al principio se creyó: el asesino despues de haberse inclinado, se incorporó al momento y alzando el brazo descargó la puñalada en direccion del pecho con toda su fuerza. La Reina se echó hácia atrás; por lo que recibió la herida hácia el vientre y con menos violencia. De preservativo le sirvió el bordado del vestido y algo tambien la tela del corsé y una de las ballenas.

La primera exclamacion que se oyó á la Reina, despues del grito que le arrancó el dolor de la herida, fué esta: ¡mi hija! exclamacion que pinta todos los tesoros de ternura que encierra su corazon. Al oír este grito, el oficial de alabarderos, Sr. Mencos, tomó á la Princesa de brazos de la marquesa de Povar, y la levantó en alto para que S. M. y todo el mundo viese que la Augusta Princesa no corria ningun riesgo.

Fácil es calcular la confusion que se orijino en estos crúeles momentos. Sin embargo, nadie perdió la cabeza. Los alabarderos que cubrian la galeria se corrieron para agruparse en rededor de su Soberana, y se arrojaron sobre el infame rejeicio. Muchos fueron los gritos de indignacion que se lanzaron contra él, y muchas las demostraciones de querer matarle en el acto; pero se sustrajo á la justa ira de la multitud que lo queria despedazar, y se le condujo á la inmediata sala de guardias alabarderos. El mayordomo mayor conde de Pinohermoso fué el primero que arrestó al criminal en union de dos alabarderos, del Duque de Tamames, que le agarró por el cuello, y del mayordomo de semana D. Fernando Torrijos, que estando de servicio gritó: *al asesino de la Reina*.

Entre tanto S. M., en brazos de su comitiva, fué conducida á sus habitaciones, atravesando la galeria que hay sobre la escalera, la habitacion que conduce á la saleta, la saleta misma, la antecámara y la Cámara. En todo el tránsito no cesaron de oírse los gritos de: *viva la Reina!* pronunciados con el mayor entusiasmo. S. M. á cada instante preguntaba por su hija, temiendo sin duda que le hubiese sucedido algo, y cada vez que lo hacia se la presentaba la marquesa de Povar para tranquilizarla.

El arma con que se consumó este horrible crimen, es un puñal ordinario de Albacete. La hoja es calada y estrecha, tiene como una cuarta de largo. La punta es afiladísima: el mango de cuerno blanco, y la vaina de acero figurando un cuchillo. En la parte que penetró el puñal es completamente liso.

#### ESTADO DE S. M.

La Reina, que en el momento de ser herida cayó entre los brazos del Rey que iba á su lado y del aya de su hija que iba detrás, se recobró al momento de la primera impresion, dirijiéndose por su pié hácia la Cámara como hemos dicho, seguida y rodeada de una porcion de servidores fieles y consternados. Al principio estos no se asustaron mucho porque creyeron que la herida era en el brazo; pero cuando S. M. con varonil esfuerzo les indicó la parte por donde habia entrado el puñal, que era por debajo de la última costilla falsa hácia el hipocondrio derecho, pues el brazo solo habia sido herido de refilon y lijeramente, la consternacion se hizo jeneral.

S. M. se desmayó poco antes de llegar á su Cámara: al ir á entrar en esta todavia por su pié perdió el conocimiento. En el tránsito tuvo algunos momentos de verdadera angustia. Mientras la conducian el pueblo que llenaba las galerias no cesaban de dar vivas á la Reina y de prorumpir en imprecaciones contra el traidor rejeicio. La Reina oía estas voces y como ignoraba la causa de ellas exclamó varias veces: ¡DIOS MIO! ¡DIOS MIO! ¿QUE QUERRAN DE MI?—Una vez desmayada S. M. fué colocada sobre su lecho todavia sin sábanas.

El desmayo duró tanto que empezó á inspirar algun cuidado. Del lado de la réjia paciente no se separó un momento toda la Familia Real. S. M. la Reina Madre y SS. AA. RR. los Duques de Montpensier que desde la capilla se habian dirijido á sus particulares habitaciones no supieron la catástrofe hasta diez ó doce minutos despues, y esto se hace menos extraño cuando se sabe que estaba ya S. M. herida y todavia salian de palacio en los coches de la Real Casa los Capellanes de honor que debian encontrarse en el santuario de Atocha.

El primer médico cirujano que llegó á Palacio fué el Sr. Drument, quien mandó sangrar inmediatamente á la augusta Señora. Luego llegaron sus compañeros y acordaron no sondear la herida, temiendo que la operacion fuese fatal por efecto del sitio de la lesion.